
DANIEL LUNA



El Bosque de la Verdad



autografía

Debes saber que todas esas fortificaciones se construyeron porque se pensaba que aquel era un lugar muy importante.

¿Y por qué era considerado El Páramo un lugar tan importante?

¿Habéis oído hablar alguna vez de un sitio llamado El Bosque de la Verdad? Algunos lo llaman también El Bosque de la Belleza... o del Bien, o El Bosque Interior... o simplemente El Bosque. ¿Nunca habéis oído hablar de ese sitio?

Pues bien, hay dos maneras de poder entrar en él. Una es a través de uno mismo. No me preguntéis cómo se consigue eso. Sólo algunos sabios han logrado hacerlo así. Ese es el motivo por el que para algunos el nombre del bosque es El Bosque Interior, porque de alguna manera se puede acceder a él desde el interior de uno mismo. Pero hay una segunda manera...

El Páramo fue considerado un lugar tan importante, y que por lo tanto había que protegerlo, porque allí se encontraba la segunda forma de acceso al Bosque de la Verdad. Claro que si nunca nadie os había hablado del Bosque... es normal que no supierais nada de todo esto.

Todos esos castillos, todas esas torres y todas esas fortalezas se levantaron hace mucho, muchísimo tiempo, para defender a otro edificio, también de

piedra, una construcción muy extraña, anterior a todas las otras. Nadie sabe cuánto tiempo lleva allí. Ni siquiera lo supieron quienes se propusieron defenderlo. Es, simplemente, un misterio.

Esa construcción extraña de la que os hablo no es otra cosa que una puerta... un arco, en realidad... un arco enorme, colosal, magnífico, a través del cual se puede acceder al Bosque de la Verdad.

En los viejos tiempos aquel arco tenía un vigilante... una especie de portero: se lo ha descrito como un anciano de larga barba blanca, que iba vestido con una casulla (una casulla es una pieza alargada de tela, como un mantel alargado, en el que en el centro se le hacía un hueco para poder meter por allí la cabeza y que se ponía uno de manera que le colgaba la tela por delante y por detrás, por el pecho y por la espalda). En la parte delantera de la casulla destacaba un enorme bordado de un águila con dos cabezas. El anciano, además, llevaba colgando del cuello un grueso collar de oro, ajustada al cinturón portaba una espada larga y pesada con una cabeza de águila tallada en la empuñadura, y finalmente solía presentarse asiendo con la mano derecha un cetro de oro.

Cuando un viajero que estuviera buscando la entrada para acceder al Bosque llegaba hasta El Páramo y dirigía sus pasos hacia el arco, el anciano

salía a su encuentro. Entonces procedía a juzgarle y comprobar si era puro, si le podría estar permitida la entrada al Bosque. Nadie sabe cómo se hacía este juicio, si se le sometía a un acertijo, o a varios, o si tenía que pasar algún tipo de prueba diferente. Ya nadie lo recuerda. Pero lo importante es lo que ocurría después. Si no era así, es decir, si el anciano consideraba que al viajero no le estaba permitido el acceso al Bosque, le hacía un movimiento desaprobatario con la cabeza y desaparecía delante de sus asombrados ojos. Después daba igual que este viajero pasase por debajo del arco las veces que quisiese, que lo hiciese de delante a atrás o de atrás a delante. Nunca iba a poder internarse en El Bosque. Y su viaje hasta El Páramo habría sido totalmente en balde.

Pero si era puro, o si estaba intentando serlo con todas tus fuerzas... el anciano lo descubriría, advertía sus esfuerzos y de que por tanto era merecedor de alcanzar la recompensa. En ese caso le acompañaba hasta la entrada del arco y al viajero tan sólo le bastaba con pasar por debajo de él para acceder al Bosque de la Verdad. Y, según se dice, o se decía, aquel que puede entrar ya no puede volver a ver el arco, ni al anciano, ni al Páramo... lo que frente a él puede divisar es un gran río de aguas brillantes y tranquilas flanqueado de árboles hermosos y

enormes como columnas de templos clásicos. Y al final de ellos, recortándose ante el cielo, un palacio de muros brillantes como si estuviesen contruidos enteramente con espejos.

Pero, aunque el anciano no permitía el paso a quien no lo mereciese, un pequeño grupo de caballeros al principio que después aumentó en número con la ayuda de otros como ellos, decidieron ayudar a proteger aquella entrada no sólo con la fuerza de la magia, sino también con la de sus armas y la de su valor, para evitar que nadie maligno pudiese acceder a El Bosque.

Y su labor fue muy importante. Durante muchos años impidieron la entrada a ejércitos de tiranos que ambicionaban las riquezas que creían que se encontraban escondidas en El Bosque. Lucharon también contra brujos y brujas, contra hechiceros, contra ladrones y profanadores y contra todo tipo de personajes malévolos y terribles que guiados por intenciones oscuras e impuras fueron capaces de llegar hasta El Páramo.

Pero todo eso... todo eso fue hace mucho tiempo. Ya nadie se acuerda siquiera de quién fue el último en entrar y de cuándo sucedió tal cosa. El tiempo ha pasado, los caballeros han desaparecido, sus castillos, sus torres y sus fortalezas se han derrumbado, la entrada al Bosque se ha olvidado y sólo quedan

las ruinas, las ruinas y el viento que silba entre las montañas y a través de los pocos muros que aún quedan en pie, y algunos hierbajos macilentos que desordenadamente se han hecho paso a los pies de los sillares de piedra del arco, la única construcción que, sin duda por efecto de la magia, no ha sufrido ningún deterioro. Quizás ni el anciano siga allí.

Bueno... en realidad no todo el mundo se ha olvidado del Páramo, ni de la entrada al Bosque... ¿Habéis oído hablar alguna vez de La Bruja de las Tinieblas? ¿Nadie os ha hablado nunca de ella?

Da igual. Sólo os basta saber que se trata de un ser terrible, malvado, despreciable, del tipo de intruso al que el anciano no dejaba pasar al otro lado y contra el que los caballeros luchaban para no dejar que se acercase siquiera al arco. Y ella sí recordaba la existencia del arco del Páramo y durante mucho tiempo se dedicó a buscar esa entrada. Viajó más de lo que te podrías imaginar. Leyó libros muy extraños, muy antiguos, libros de los que ya casi nadie se acordaba de su existencia. Desempolvó mapas que durante mucho tiempo habían estado perdidos, usó todos sus poderes y todos sus esfuerzos para encontrar la forma de localizar El Páramo. Y finalmente... lo consiguió.

Uno

Anochecía. Era una tarde de invierno, una tarde de un viernes cualquiera de invierno. Y como pasa en las tardes de invierno la noche caía muy rápidamente. Héctor salía del colegio en compañía de su madre. Las farolas ya estaban encendidas y sólo en las partes más altas de los edificios más altos se reflejaban los últimos rayos anaranjados de un Sol que apenas ya enviaba luz y que hacía mucho que ya no irradiaba nada de calor.

¿Dónde está Ágata, mamá?, preguntó a su madre. *Está entrenando, luego irá tu padre a buscarla*, fue la respuesta. Ágata es la hermana pequeña de Héctor y en muchos aspectos su mejor amiga también, mucho mejor que la mayoría de los compañeros con los que tiene que pasar tantas horas al día en el colegio.

No tardaron en llegar a la parada del autobús. Nada más sentarse en el banco de debajo de la

marquesina comenzó a llover. Al principio muy poco, casi sin fuerza, pero en pocos minutos aquel espacio resguardado se llenó de un montón de personas que se agolpaban para protegerse de una lluvia que cada vez se iba haciendo más y más fuerte.

Mientras esperaban que llegara su autobús Héctor se dedicó a fijarse en los rostros de la gente. Todas aquellas personas daban la impresión de que estaban encerradas en su mundo. Nadie reparaba en lo que hacía el resto. Simplemente se limitaban a empujar a los demás sin ni siquiera mirarse entre sí para darse cuenta de si estaban molestando a alguien. Y sus aspectos eran extraños, ridículos. Una mujer muy alta y delgaducha, con una nariz ganchuda como el pico de un buitre y que iba vestida con una chaqueta colmada de colores muy chillones, como si fueran brochazos que estuvieran pegándose entre sí, apartó desabridamente a un lado a Héctor cuando éste se había levantado del banco para dejarle su sitio a un anciano.

Fue cuando se giró hacia su madre para explicarle lo que le había ocurrido cuando Héctor se percató de que una viejecita muy encorvada, vestida completamente de negro, estaba pidiendo dinero para un billete. Se iba dirigiendo uno a uno a todos los que se resguardaban en la parada, pero nadie le hacía el más mínimo caso: unos giraban la cabeza